

NÚMERO 18 / ENERO - FEBRERO 2024

TACHES Y TACHONES

REVISTA BIMESTRAL DE LITERATURA, ARTES
Y ALGO MÁS



WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA

DIRECTOR
Rodolfo O.

DIRECTORA EDITORAL
Patricia Castillejos

CONSEJO EDITORIAL
Laura Pérez Martínez
Angelina Rivas Avila
Mónica Teresa Müller
Alejandro Ordóñez

COLABORADORES
Ítalo Mario Ruas Arias
Ana Lourdes Ross Aguilar
Marilú Ricalde
Gildardo Montoya Castro
Eugenio Federico Gatti Traut
Nelson Roque Pereira
Álvaro Sánchez Ortiz

DISEÑO
Taches y Tachones

PORTADA
Alejandro Martínez

Derechos reservados.
taches y tachones



Editorial

Annus horribilis

Se cuenta que esta frase es de muy viejo cuño y que sus orígenes se remontan al lejano 1891, cuando se utilizó para referirse a la decisión tomada por la iglesia católica, en 1870, al establecer como dogma de fe la llamada infalibilidad papal, lo que en buen español significa que en virtud de su suprema autoridad apostólica, los Papas nunca se equivocan cuando ejercen su cargo de pastor de todos los cristianos. Se dice también que esa frase la popularizó la reina Isabel II de Inglaterra, al referirse a los problemas que enfrentó la familia real durante 1992, que pusieron en un brete a esa institución, y en riesgo la credibilidad y respetabilidad de la misma.

Terminó 2023, un annus horribilis por los males que aquejaron a la humanidad; sin embargo, abrigamos la esperanza de que así como en el pasado hemos sorteado mil y un problemas, 2024 no habrá de ser la excepción; tendrán que imponerse la sensatez y la cordura; la paz habrá de volver a los corazones de los hombres y juntos abrigaremos la esperanza de un nuevo día

Los integrantes del equipo que produce esta revista agradecemos la fidelidad y generosidad de sus lectores y colaboradores, sin los cuales este esfuerzo no sería posible. Que 2024 sea un año pródigo en realizaciones y se cumplan sus sueños y proyectos, que logremos superar las vicisitudes de los tiempos actuales para que juntos sigamos encontrándonos cada dos meses, en las páginas de estos Taches, sus Taches y tachones

TACHES Y TACHONES

**TABLA DE
CONTENIDO**

pg.	Una ventana al mundo (poesía y cuento)
01	Despintes / Nelson Roque Pereira
03	Los hilos de las costuras / Nelson Roque Pereira
04	Breve cuento sobre una extraña sensación de suicido a 120 km/h /Gildardo Montoya Castro
05	La balada de Ana Luz y Manzanita /Álvaro Sánchez Ortiz
09	La vida en rosa /Alejandro Ordóñez
11	Después del amor / Alejandro Ordóñez
13	El día que murió el Ípora / Eugenio Federico Gatti Traut
17	De sueño a Sueño / Mónica Teresa Müller
	El mundo a través de la lente
19	Estambul Mágico/ Mónica Teresa Müller
	Hablemos de Libros (reseñas)
27	El instinto / Marilu Ricalde
	El séptimo arte "Celuloide en llamas"
29	Prometeo encadenado / Italo Ruas
	El mundo y el arte
33	La lechera" de Jan Vermeer/ Ana Lourdes Ross Aguilar

DESPINTES

por Nelson Roque Pereira

Si velas por los despintes del mundo
toma riesgo y confianza en lo callado del grito.
Desde la distancia una rara luz
como remedio a las criaturas
invade sus cosechas
y con el rumor despinta
el sano juicio de los pétalos del alba.
Se despinta la imagen de Aleixandre,
anciano mientras vaga de un andén a otro
repleto de soledades,
que acaso escucha al extraño preguntar
por los rieles que se aduermen
lejos del fervor de la plaza.
Se despinta tanta gente
bajo el grifo de las democracias,
pobres sin el arrebató que la claridad erige
en tartamudos del color.
No sólo se despintan las letras del amigo
contra la voluntad balsámica
de las arrugas que lo fatigan,
|



o despinta el desvelo
al expiar tanta fiebre contra la toalla
con esas ansias hondas del buen
costurero
nacido para colorear el empuje,
como se decoloran los viajes de
regreso
envueltos en la cortina violenta
del orine y el caos
que generan los planos de la nueva
ciudad.
Cuánta tardanza al enhebrar el
recuerdo,
pierde su barniz el fondo del asiento
bien por enfado con quien apunta,
o se siente ingrátido
ante las banderas y los estandartes,
y se le decolora la piel como el trapo
de cocina
cuando tanta refriega
simula la aspereza de las mieses.
Habrá que reinventar la foto carné
sin las sienes plateadas,
mover arenas para que no suba el
barro
a la cascada del cuerpo,
esperar o decolorarse bien
en el gesto brusco de permitir locuras
antes de morir de pronto sin solicitar
descanso.



Nelson Roque Pereira (Ciro Redondo, Ciego de Ávila, Cuba, 1966) Poeta e Investigador histórico; pertenece al taller literario "Olga Alonso" y, a la Organización internacional POETAP en España y, ELILUC en Estados Unidos. Premiado en concursos, parte de su obra ha sido publicada en revistas, periódicos, plaquettes, boletines literarios, antologías internacionales y en su poemario "Por los cauces de la noche" en España en 2020.

LOS HILOS DE LAS COSTURAS

por Nelson Roque Pereira

"Turba este clima de silencio y duda"...

Auden

De un tiempo acá el extraño exprime el último limón en la luz anudada por el cuenco de las manos, y en sus dedos la historia trenza el papel con cuanto abone la mesa de la certidumbre, mientras el gorrión avienta sus plumas por aquello de que puede haber un grano entre la paja. Más tiene la congoja de purgar las habitaciones de los ascendentes que se han perdido entre los cuatro puntos cardinales de la umbra de los espejos. De un tiempo acá cuánto se entienden en su alianza las tardes en los bolsillos, esas fugas con las maletas del verbo en un recado de que el tempo se presenta en las escenas de las fotos del que sueña e insiste con sus escrituras en el diálogo callejero, donde nadie es el último en la fila por el arroz. De un tiempo acá es imposible restaurar los cajones por el cobro del portero de lo sublime en la tierra, rota balanza y no más bajo la hierba mojada. Como diría el poeta Vanidad de vanidades, que no basta con teorizar sobre lo inmanente de la palabra. Al menos restregar la opinión desde el inocente odio al por mayor, el salto desde el ingenio a lo pedregoso en los hilos de las costuras.

BREVE CUENTO SOBRE UNA EXTRAÑA SENSACIÓN DE SUICIDO A 120 KM/H

por Gildardo Montoya Castro

120 km por hora. Una autopista sobre el antiguo cadáver de un lago. Sobre el parabrisas del coche van chocando pequeños insectos –diminutas huellas de nuestra próxima extinción–. He visto cómo se ha aplastado una bella mariposa amarilla sobre el parabrisas. He visto cómo ha muerto despatarrada, con las alas rotas y el color regado. Casi he podido ver, en sus múltiples ojos, una pregunta angustiada y un inútil esfuerzo por tratar de sobrevivir. Agotada se ha quedado a mitad del camino. He visto por el espejo retrovisor cómo su pequeño cuerpo rectangular va dando tumbos sobre un indiferente asfalto, una sierpe cubierta de una inabarcable alfombra de pequeñas hojas blancas que revolotean moribundas al paso de cada motor. Son las multitudes de mariposas masacradas por los conductores (yo incluido). Otro coche se aproxima rápidamente. Me he condenado un poco más de lo que podría pensar.

Gildardo Montoya Castro. nació en Santa Rosa de Lima Guamúchil, Sinaloa en 1959, pero considera como su verdadero solar de origen a Villa Juárez, Sonora. Ha publicado en periódicos y revistas del interior de la República, en el suplemento Sábado del periódico Unomásuno; en la sección cultural de El Financiero, así como en la revista Molino de Letras. Es autor de los libros El ladrón que sobornó a la luna (UACH, 1993), Armónica para desnudar el sueño (Ediciones Molino de Letras, 2004) y Ebria ilusión del aire (UACH, 2016).

LA BALADA DE ANA LUNA Y MANZANITA

Cap. IV - por Álvaro Sánchez Ortiz

Manzanita estudiaba en el Instituto Horizontes, pero últimamente se ausentaba mucho de allí. Se la veía en unas canchas aledañas que hacía dos o tres sexenios habían sido inauguradas como el «Deportivo Benemérito No Sé Quién», tocando la guitarra y componiendo canciones, comiendo las sublimes papas fritas que vendía una señora y platicando con muchachos unos años mayores, que iban a tomar las cervezas que llevaban escondidas en sus mochilas, a fumar marihuana en los asientos destartados de lo que habían sido las bancas para los equipos de fútbol y a cachondear semiocultos por el pasto de la cancha, el cual había crecido tanto que hacía imposible cualquier partido.

—¿Quieres ser como ellos?

A Manzanita se le atragantaron las papas cuando se topó con el profesor Jorge Rábalo, docente de Lógica, Ética y Doctrinas Filosóficas en el Instituto Horizontes. Era un cuarentón al que Manzanita le aplicó el epíteto de «enjuto de carnes» después de que leyeron el inicio del Quijote en la clase de Literatura. Siempre iba de saco, aunque la escuela no exigiera un código de vestuario específico a sus docentes. Y como en sus clases despotricaba contra todo lo que está mal en el mundo, Manzanita acabó apodándole el Mártir.

—No me puede reportar, pues estoy fuera de las instalaciones del instituto.

—No vengo a reportarte. A mi modo de ver, ya eres inmune a esos papelitos.

—Su modo de ver es acertado a pesar de la miopía.

—Te repito la pregunta, ¿quieres ser como ellos? Porque estás a punto de serlo. Una cosa es irse de pinta de vez en cuando y otra vivir fuera de la escuela, como has hecho últimamente. ¿Cuánto crees que se tarde uno de ellos para ofrecerte de su churro?, ¿o una de ellas para dejar que le metas mano? Te lo digo, muchacho, antes de que termine el año, estarás tomando cerveza con estos vagos. Y si vas a arrojar tu vida por la cloaca, más te valdría decidirlo.

—Mi vagancia o no vagancia es asunto mío. Y sus obsesiones sobre lo podrido o fragante del mundo son tuyas. No me las venga a enjaretar.

—No se trata de mí y tampoco de ti. Si quieres fumarte tu juventud, beberte tus capacidades y revolcarte hasta que un día quedes arrumbado como un bote viejo de cerveza, de esos que están olvidados por allá, es asunto completamente tuyo.

—¿Entonces?

—Sólo quiero que seas honesto, que muestres valor.

—Del Manzana se podrá decir lo que sea, menos que se ablanda como puré.

A pesar de su seriedad sempiterna, el profesor Rábalo esbozó una sonrisa. Ya en otras ocasiones, en clase, le había dicho a Manzanita que encontraba particularmente irritante su tendencia a hablar de sí mismo en tercera persona.

—Yo te respeto, Manzanita.

—¿No se acuerda de mi nombre?

—Hace tanto que no te presentas a clase...

—Pues mejor, acábeme de olvidar y listo.

—Mira, yo lo que vine a decirte es que, si te vas a quedar aquí a descubrir el maravilloso mundo de las adicciones y las ETS, el único acto de mínima decencia que vengo a exigirte es que se lo digas a tu mamá.

Manzanita se alzó de un brinco y arrojó la guitarra a un lado. La sola mención de su madre hacía que se encrespara y, si, además, la alusión era impropia o le sonaba así, se enfurecía de golpe.

—¡Venga, Rábalo! Prométeme que en el hospital les dirás que tú te lo has buscado.

—¡Anda, Manzanita, pégame! Con eso lograrás apantallarlos para que te compartan su basura. ¡Qué fácil es enojarse contra el que nos evidencia y no contra nosotros mismos! Yo sólo quiero justicia. Si vas a arruinar tu vida, ve y díselo a tu mamá. Dile que todo su esfuerzo lo vas a venir a tirar aquí, entre botellas y condones usados; que todo su trabajo vale menos que un trago de cerveza y un churro de mota; que la única ciencia que te interesa es la de cómo bajarle los calzones a alguna de estas muchachas. Y ahora, ¡anda, golpéame! Es más fácil de lo que crees.

Manzanita gritó como si quisiera rasgarse la garganta. Luego, se echó a correr por todo el perímetro de la cancha.

—¡Estoy dando la vuelta olímpica, apláudanme!

Algunos de los muchachos alzaron la cabeza, curiosos, y Manzanita pudo ver, entre el vértigo de la carrera y la rabia que azotaba con mil látigos su cara, los rostros prematuramente ajados, los ojos rojos, los dientes chuecos —amarillos y negros—, las risas estúpidas, las carnes apetecibles. Para cuando regresó al punto de partida, estaba a punto de vomitar. Sin embargo, después de algunas arqueadas infructuosas, trastabilló hacia su guitarra, la levantó del pasto y se plantó frente a Rábalo.

—Si estás esperando que la rompa, no lo haré.

—Lo hubiera lamentado mucho.

—No.

—De verdad, creo que la música te hace bien.

— Estoy respondiendo a su pregunta, estimado profesor. No quiero ser como ellos.

—Entonces, ven. Te he conseguido una oportunidad a la altura de tus capacidades.

Quince minutos después, con las manchas verdes provocadas por el pasto todavía frescas en los pantalones y una gota de salsa Valentina secándose en sus cachetes, como un lunar de María Antonieta a la mexicana, Manzanita era presentado frente a los alumnos del grupo plus ultra del sexto grado de preparatoria del Instituto Horizontes, a donde había sido transferido, becado, por iniciativa del profesor Rábalo.

—Saluda a tus nuevos compañeros.

—Hola, yo soy el Gran Manzana y estoy aquí porque un puto hado madrino me trajo.

Álvaro Sánchez Ortiz (Ciudad de México, 1977) es licenciado en Letras hispánicas y en Filosofía, egresado de la UNAM, con mención honorífica, en ambos casos. Asimismo, realizó el diplomado en creación literaria de la SOGEM. Es autor de *Telúrico* (UNAM, 2018), obra ganadora del concurso de Ediciones Digitales Punto de Partida, en la categoría de cuento. Se ha desempeñado como profesor de literatura y de teatro.

LA BALADA DE ANA LUNA Y MANZANITA

por **Álvaro Sánchez Ortiz**



Ana Luna regresa a la Ciudad de México después de una década perdida. No bien ha tocado tierra, comienza a encontrar manzanas en su camino.

Eso la lleva a recordar la peculiar relación que tuvo diez años atrás, cuando iba en la preparatoria, con Rafael, mejor conocido como Manzanita, un excéntrico compañero, quien ahora es un roquero. A la par que trata de reencauzar su vida presente,

Ana Luna recordará los inolvidables episodios de amor, humor y manzanas que juntos formaron las estrofas de la singular balada entre ella y Manzanita.

LA HISTORIA DE UNA LUNA EN ECLIPSE Y UNA MANZANA QUE CANTA.

Disponible en ebook: Amazon, Gandhi, Porrúa, Sanborn's, Kobo y otras plataformas.

**Disponible en físico: Amazon y, a precio especial, contactando al autor:
alvaro.sanchezortiz77@gmail.com**

caligramaeditorial.com

TACHES Y TACHONES

Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA



LA VIDA EN ROSA.

por Alejandro Ordóñez

La noche previa a conocerla tuvo insomnio y un presentimiento estuvo dándole vuelta en la cabeza. La noche previa a conocerlo ella tuvo palpitos en el corazón y la certeza de que su vida cambiaría para siempre. Él, como de costumbre, trató de conciliar el sueño con “El señor de los anillos”, aunque esa vez no surtió efectos pues antes de apagar la lámpara del buró leyó varios capítulos y hubo de reconocer que estaba francamente inquieto. Ella consultó su horóscopo y supo que habría de ser un Aries. Tierno, romántico, carismático, con chispa para brillar en cualquier ambiente y listo para ser descubierto. Esa mañana él no usó loción ya que en su última cita a la mujer con quien salió le dio asma. Ella -sabedora de lo importante que es la primera impresión- escogió un vestido de color pastel que hacía lucir su talle, marcaba su cadera y se abría como un florero hacia los hombros y la espalda. Él -como te ven te tratan- se puso un traje oscuro. Ella pintó de carmín sus labios y se puso rubor en las mejillas para disfrazar el blanco lechoso de su cutis. Él tomó el “Ulises” de Joyce y ella “Romeo y Julieta”, de quien ya saben.

Ella fue la primera en descubrirlo: Él, sin nada abajo: bata verde, una especie de guantes para los pies y un gorro del mismo color, todos de esa tela que utilizan en los quirófanos, en los laboratorios de diagnóstico y hasta en los manicomios. Ella igual, pero en azul, gracias a que insistió con la encargada, quien tuvo que ceder a las presiones, pues era el color que mejor le iba con el maquillaje. Él sin saber gran cosa de los riesgos, con la

abertura hacia la espalda -hacia la espalda y todo lo demás-, pues al levantarse ella observó unas pompas -así las llamó por recato- más que prometedoras. Ella, abertura hacia delante, para cuidarse -pero no tanto-, mostraba un poquito de lo último que pierde su lozanía: dos hermosas, tersas, duras piernas. Ella se las arregló de tal suerte que el gorro dejara al descubierto un cairel a cada lado de su frente. Ella se llevó las manos a la cabeza y moviéndose como si arrullara a un niño le preguntó con la voz más inocente e infantil que pudo: ¿Ulises? Sí, contestó él, dándose importancia y haciendo la voz más grave que pudo. De Joyce, el mejor escritor irlandés que ha existido, verá usted, pero... permítame presentarme: Víctor Núñez, abogado. Ella: Josefina Monroy, doctora en (breve titubeo) letras inglesas. Él pareció a punto de desfallecer y de perder la compostura; pero ella -hábil al fin como toda mujer-, le dijo: tomografía computarizada. Él: ultrasonido. Ella lo vio largamente, levantó los hombros y con un ademán le indicó que estaba esperando más información. Él, perdido el aplomo, se puso colorado y balbuceó algo que ella no entendió y que provocó que se llevara una mano hasta el oído. Él, como si fuera un gruñido, le dijo avergonzado: prstt. Ella dijo ¿hmm? Prstt. ¿Hmm? ¡Próstata! Ah. ¿Hmm? Él no supo qué hacer, hubiera querido decirle en tono descortés: orino como ametralladora, pero pensó que esa inocente criatura no lo merecía. Ella cambió la conversación y como

por descuido preguntó su estado civil. Viudo, dijo él, sin hijos. Ella, antes que él preguntara, dijo, cerrando un ojo: señorita, me he mantenido señorita toda mi vida. Él, al escuchar aquella declaración, insinuación, promesa o buen augurio, no lo supo bien, dejó de verle las piernas y estuvo a punto de brincar cuando descubrió que sobre la delgada tela de la bata se dibujaban, como si fueran tatuajes, dos duros pezones. Ella sintió que un fuerte calor arrebató sus mejillas cuando descubrió que la bata de aquel hombre empezaba a hincharse justo donde empezaba el vientre y si no pudo ver bien la forma que empezaba a dibujarse fue porque en ese momento lo llamó el enfermero y tuvo que ponerse de pie inclinado hacia adelante, intentando disimular aquel bulto con las dos manos y el “Ulises”. Qué bueno, pensó ella -sin dejar de sonrosarse-, que trae la abertura hacia atrás, porque si no habría parecido bergantín y hubiera delatado su presencia antes de dar la vuelta para entrar al consultorio.

Para él fue un desastre. La esperó horas, pero no volvió a verla. Lamentó no haberle pedido su teléfono. Que estúpido. Aquella noche y las siguientes no durmió. Para distraerse y aliviar esa dolorosa erección que no cesaba se concentró en la lectura. Terminó “El señor de los anillos” I, II y III y hubiera leído la Summa Teológica de Santo Tomás de Aquino de no haber sido porque ella, más inteligente, se encargó de localizarlo. Para empezar, se documentó por medio de Internet de lo relativo a la próstata; para continuar, llamó a todas las recepcionistas de los urólogos que había en la clínica, para investigar día y hora de la consulta de su esposo (así lo dijo); para terminar, se las arregló para encontrarse con él justo a la hora en que, terminada la consulta, se dirigía a la farmacia; y se las arregló también, para que fuera precisamente él quien la descubriera. ¡Voilà, pero que gusto!

Él hubo de insistir largo rato antes de que ella accediera a tomar un café en el restaurante de la clínica. Ambos rindieron riguroso parte: La próstata estaba bien, un poco inflamada, pero era de esperarse que reaccionara al tratamiento, cosa que provocó que ella, aliviada, soltara ruidosamente el aire de sus pulmones, pues había leído que la próstata es causante de cáncer, y peor aún:

¡De impotencia entre los hombres! Ella aseguró que su vejiga estaba bien, un poco caída, nada del otro mundo, así que no requeriría operación. El, que había guardado la respiración durante el tiempo de la explicación, también exhaló ruidosamente y no pudo evitar que una sonrisa delatara su gusto, pues se había informado que la vejiga caída puede provocar incontinencia urinaria y francamente no le hacía gracia pensar en compartir el lecho con una mujer que usara pañal. Ella con presión baja, él con triglicéridos y colesterol altos. Ambos sin problemas de azúcar. Ya con más confianza y en la intimidad del auto, ambos se declararon jubilados. Ella, casa en la Colonia Roma; él, en la Del Valle. Ella permitió que él pusiera su mano encima de su rodilla desnuda; él sintió un escalofrío al recorrer esa piel suave. Ella colocó su mano sobre una pierna de él, justo donde pudo constatar que merced a sus inocentes caricias empezaba a hincharse el pantalón. Él pensó que en verdad era un cabrón suertudo, pues mira nada más que encontrarse a esas alturas de su vida con una mujer guapa, intelectual, sensible y además, le dio pena reconocerlo: virgen... Ella recargó la cabeza en su hombro y dócil aceptó ese promisorio primer beso en la boca, sin dejar de pensar en el futuro, a una edad en la que por regla la gente empieza a soñar con su pasado...

Alejandro Ordóñez

Autor de nueve novelas, tres de ellas históricas; la primera, llamada “Cábulas”, fue editada por la editorial Plaza y Valdés y la más reciente, “Real de San Miguelito Arcángel”, disponible en Amazon.com. Ha obtenido diversos premios de cuento y novela; escribió guiones para el programa televisivo “La hora marcada”. Titular de una columna periodística en la que ha publicado cuentos, crónicas, artículos de opinión, análisis político y cultural, misma que se ha difundido por periódicos y revistas impresas, así como digitales; y editorialista en programas de radio. Actualmente colabora con la revista “Molino de Letras”.



DESPUÉS DEL AMOR

por Alejandro Ordóñez

Tita llegó a mi vida cuando ya era tarde, no es que fuera un viejo, estaba llegando a mis cuarentas pero había decidido no volver a involucrarme en alguna relación sentimental, había comprendido que el camino más corto a la tristeza es el amor. Llevaba dos fracasos y no estaba dispuesto a correr el riesgo de una tercera desilusión; además, y eso quiero que quede muy claro, para mí las mujeres empezaban a los treinta, antes de esa edad no aceptaba nada; me daba pena, tenía la impresión de que la gente volteaba a verme y murmuraba. Por otra parte, la juventud tiene el inconveniente de la inmadurez y para mí la mujer, antes que nada, debe ser una cabeza pensante, un ente creativo con el que se pueda conversar horas enteras; un ser con quien compartir, a más de las penas y alegrías, una obra de teatro, una película, un concierto o un paseo por el bosque; en fin, un ser inteligente y sensible que ofrezca además la ventaja de acompañarlo a uno por los caminos del amor y, aunque nunca he sido demasiado apasionando, siempre será una ventaja tener la posibilidad, llegado el caso, de explorar ese filón de la sensualidad y el erotismo. Tenía amigos para quienes la mujer era, antes que nada, un buen par de piernas, un trasero admirable o un busto que orgulloso desafiara la ley de la gravedad; para mí no, y no es que estuviera peleado con una buena anatomía; claro que también importa, siempre será agradable tener a una interlocutora hermosa, la inteligencia, el talento y la sensibilidad no tienen por qué estar reñidos con la belleza, después de todo son parte de los ideales de un hombre.

Dije que la mujer, antes que nada, debe ser inteligente y sensible pero si hablamos de su físico para mí la mujer es un par de hermosos ojos capaces de transmitir sus pensamientos, sus sentimientos; siempre he pensado que es una lástima que los momentos más íntimos nos obliguen a cerrarlos, me gustaría verlos mientras nos besamos o hacemos el amor, pero es inevitable, apenas siento la proximidad de su rostro mis ojos tienden a cerrarse y cuando haciendo un gran esfuerzo logro mantenerlos abiertos, ella los tiene cerrados, lo más que llega a suceder es que los entreabra ligeramente, por una fracción de segundo; hay ocasiones en que se siente observada y me reprocha acremente esa manía que rompe su intimidad y que aunque no sea con pretensiones voyeristas no deja de incomodarla. Yo la amo y si busco su mirada es para tratar de descubrir qué siente, lo que sí disfruto es la expresión de su rostro, me encanta ver cómo le va ganando la ansiedad o de pronto llega el sosiego y entonces su piel tersa se relaja en un gesto de tranquilidad.

Algo que me hace sentir que toco el cielo es contemplar sus ojos claros frente al fuego de la chimenea; representa -para mí- la viva imagen del amor, de la felicidad; no es que quiera decir que las llamas se reflejen en su rostro, lo que ocurre es que frente a ellas sus ojos se llenan de luz y me hablan de una manera especial; yo entonces, incapaz de volver a hacer el amor me conformo con acariciarla con la mirada, con darle algunos besos breves, le muerdo los labios suavemente y noto como va cambiando la

expresión de su rostro. Tomo su cara entre mis manos y veo esos ojos zarcos con el deseo de no volver a perderlos nunca; me paro atrás de ella, la abrazo y la llevo hasta el espejo, cubriendo sus pechos con mis brazos. Estamos como para una fotografía, dice ella; entonces me oculto entre su cabello. Me encanta verla frente a las llamas, recostada sobre la alfombra, con el cobertor blanco que contrasta con la negrura de su pelo; me gusta recordar que no lleva nada abajo que la cubra; saber que me basta estirar el brazo para que quede frente a mis ojos la belleza de sus senos; saber que me basta estirar el brazo para sentir cómo el mínimo roce hace despertar el apetito voraz de sus veinte años. María, le digo entonces, María Kodama. Ella ríe y me dice con su grave voz sensual: tonto. Yo insisto, ella pasa entonces las uñas de su mano, lentamente, por toda mi espalda desnuda, mueve rápidamente la cabeza para echar su cabello hacia la espalda, con ese gesto que es tan suyo; toma un cigarro, lo aspira profundamente y antes de que tenga tiempo de exhalar le repito: María Kodama, ella arroja el humo, me mira gravemente, mueve los hombros como diciendo tú te lo buscaste y me dice: tío Alberto. Yo la abrazo y le susurro cosas al oído, ella hace como que no quiere oír, ni saber nada; yo insisto, muerdo sus oídos y sus hombros, entonces ella cede, nos besamos en ese silencio roto sólo por el crepitar de los leños en la chimenea y el jugar de nuestras bocas. Se levanta y camina lentamente hacia el aparato de sonido, puedo ver sus largas piernas desnudas, el perfil de su busto contra el fuego, apreciar su suave contoneo; regresa rápidamente, se mete bajo el cobertor donde la estoy esperando y me dice: tío Alberto, mientras me besa repetidamente la boca, el cuello, luego baja lentamente por todo mi pecho, dejando una huella húmeda a su paso, mientras Serrat llena de poesía y música el cuarto.

La mujer debe ser creativa, sensitiva, inteligente, porque después del amor, agotado el cuerpo, satisfecho el instinto, ¿qué queda? No es que quiera decir que no importe el físico, no hay nada más lindo que un par de senos rozando apenas tu rostro o un espigado par de piernas que te reciben y se agitan nerviosas mientras tus labios recorren sus alargados territorios. La sensualidad de

la mujer debe ir acompañada de inteligencia, después del amor sólo quedan sobre la cama dos buenos amigos dispuestos a compartir sus cosas, sus gustos; después del amor, ya satisfechos los dos, no hay como quedarse frente a las llamas, contemplando unos ojos inteligentes y una boca que no sólo es capaz de extraerte los más profundos gemidos, una boca que además de besarte expresa conceptos inteligentes y platica cosas que te interesan; descubrir de pronto que te puedes levantar, totalmente desnudo, por otra taza de café sin que a ella parezca importarle, satisfecha ha dejado de pensar en el sexo, es ahora un ser donde impera la inteligencia. Descubrir que ella puede pararse desnuda para poner un disco de Bach sin que voltees a verla. Platicar largamente, sin prisas, sin trampas, sin engaños, sin temor a expresar lo que piensas o lo que sientes, sin miedo a ser mal interpretado o a que después pueda usarse en tu contra lo que dices. Descubrir de pronto que esos oídos de los que te prendiste y que todavía hace unos momentos estaban húmedos por tus besos, saben escucharte paciente, largamente.

Después del amor, ¿qué queda?, satisfechos los dos puede quedar el silencio, ese silencio que sólo es roto por el crepitar de los leños, ese silencio que no te atreves a romper. Después del amor quedan unos ojos que resplandecen de felicidad frente a la chimenea y un rostro que sostienes firmemente entre tus manos y que te empeñas en memorizar, para el recuerdo, para el maldito recuerdo que nunca te abandonará ya más. Después del amor, después del recuerdo, más allá del olvido puede quedar una habitación vacía, una chimenea apagada, un libro viejo en el que se encierra tu vida y una lágrima

EL DÍA QUE MURIÓ EL IPORÁ

por Eugenio Federico Gatti Traut

Salió temprano de esa casa rodeada de pantanos en las afueras de Resistencia, con la camisa azul de siempre, la pollera sucia y los botines rotos. Cruzó la plaza y con dificultad tomó el ómnibus. Entre las palmeras advirtió el monumento a San Martín. Pronto le harían uno a ella. El mismísimo Papa la transformaría en una estatua de yeso como había hecho con las otras santas, y ahí quedaría, en un altar de la iglesia de Itatí. Nunca había ido a Itatí, nunca había llegado tan lejos, pero suponía que había estatuas.

Entre las cabezas de los pasajeros, más allá de los tensores del puente, adivinó los edificios de Corrientes que recién se despertaba frente al Paraná. Aún quedaban luces de la noche pasada en la costanera. Quizá, algún día, ahí también dejarán una placa en su memoria. Y en Asunción, ni qué hablar, le harían una estatua más grande que la de Nuevayor, la que se ve en las fotos. La recordaba bien, era una estatua verde en una isla, con una corona de espinas para afuera y una canasta en la mano extendida al cielo. A lo lejos se veían unos edificios altos que deberían de estar por ahí, a orillas del Paraná.

Se aferró aún más a la cartera impregnada de años de transpiración. La tomó con todos los dedos para que no se la robaran. Adentro llevaba la carta. Siempre hacía ese viaje cuando recibía las cartas de un lugar muy lejano que a veces llamaba Carasca y cuando se acordaba, Caracas. Pero tampoco era verdad, venían de Maracay.

Una vez que el ómnibus cruzó el puente, se bajó en la primera parada. Nunca se adentraba mucho más allá, no fuera a ser que llegara a los Esteros del Iberá, ese lugar con bichos espeluznantes.



Caminó hacia el centro de la ciudad. Recordó aquella noche de neblina cuando era niña: las huellas en el barro, la palmera arrancada con furia de raíz, las hendiduras en el tronco dejadas por las garras del Iporá. Y recordó más allá, al borde del agua, el cuerpo destrozado de la joven de quince años. Le faltaba un pie, pero eso era lo único que no había sido obra del Iporá: se lo había comido un yacaré.

Ahora, ese maldito monstruo de los pantanos que devoraba capibaras cuando no encontraba a un niño para raptar, no molestaría más. ¿Y todo por qué? Por ella. ¿Y gracias a quién? A ella. Hasta este momento su vida no había tenido mucho sentido. Al fin había hecho algo que la justificara. Era una nueva heroína.

Entró erguida en la municipalidad, con el paso firme hasta donde le permitían los huesos y apenas saludó. Abrió la cartera apurada y le extendió la carta a una mujer.

La mujer comenzó a leer en silencio. Tenía la paciencia de leérselas, ya que ella no sabía. Alguien había intentado enseñarle, ya grande, pero con el trabajo, cansada, le había sido imposible. Ahora menos que la vista la traicionaba, veía una senda donde había un arroyo, y el oído a veces le flaqueaba porque, según decía, se le había metido a la noche un camuati.

Cuando la mujer de la municipalidad terminó de leer, le arrebató la carta.

—¿Qu'ice el papel?

—Es de tu hermana: falleció el marido.

—Aaah...

Después de alargar la interjección y de exhalar todo el aire con esa sola vocal, miró el suelo y se quedó muda un rato. Al tiempo, habló:

—Y bue', taba' bichoco, ¿no?

—Sí, con esa enfermedad, es lo mejor que le pudo ocurrir. ¿Querés que le responda?

No contestó. Suspiró y se metió el dedo en la nariz. La mujer de la municipalidad la miró con ojos asqueados.

En realidad, no le importó mucho la muerte de su cuñado, nada iba a arruinar ese glorioso día. Metió la carta en el sobre, pegoteada por el dedo índice, y abrió los ojos, saltones.

—Che, lo encerré, ¿sabé?

—¿A quién?

—Al Iporá.

—¿De qué estás hablando?

—Añá memby, porquería e'bicho, si habrá comido gurise'.

—Vos vivís en una nube. ¿Qué hiciste?

—Le pegué un palazo en la cabeza y lo metí e'traste n'el galpón. Despue' trabé la puerta con una garrafa. Uste' no se imagina lo' grito' que pegaba el desgraciau'.

En realidad, no dijo todo, no sólo lo había encerrado. Esa mañana se había despertado bañada en transpiración con los extraños ruidos al otro lado de la puerta, pero nunca había sido mujer de temer, siempre había enfrentado los desafíos. A ella no la iba a violar una segunda vez como a las otras. Salió decidida, pala de punta y escopeta en mano. Todavía sonaban en su cabeza los chillidos, las patadas y los puñetazos del perverso engendro en la puerta. Sí, como dijo, el Iporá quedó encerrado. Pero a la mujer de la municipalidad no le dijo que había descargado la escopeta contra la puerta hasta dejarla agujereada y el Iporá se había tranquilizado.

La mujer de la municipalidad la miró de arriba abajo.

—Sos una mentirosa.

—Ni nunca, che. Y vos so' una yarará, bicho fiero.

—Ni los jesuitas pudieron con ese fantasma guaraní. ¿Cómo vas a poder vos?

—No ej un fantasma, che, ej un moustro.

—Por favor... qué torpe sos...

—Pero, ¿por qué?

—Suerte que no disparaste con la escopeta.

—Nooo...

—Si le hubieras pegado a la garrafa, con la explosión, no habrías necesitado cruzar el puente para venir.

Abrió los ojos redondos.

—Uuuy, añá memby.

Dejó la carta sobre el escritorio y se quedó pensando. La mujer de la municipalidad miró las estampillas y el sello. Al rato, dijo:

—Decíme, ¿cuándo recibiste esa carta?

—A la mañana, cuando escuché lo' gruñido'.

—¿Y estás segura de que tenés encerrado al lporá?

—Pero sí, che, le digo que sí.

—No sé, quizás te sorprendas cuando vayas al galpón.

¿No habrás encerrado al cartero?

Eugenio Federico Gatti Traut

Nació en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Estudió Abogacía en la Universidad de Buenos Aires y Carrera de Guión de Cine y Televisión en Guionarte.

Desde temprana edad, se sintió atraído por la literatura y se ha dedicado a escribir.



REAL DE SAN MIGUELITO ARCÁNGEL

NOVELA ANTI HISTORICA

Escrita por Alejandro Ordóñez

Navegando siempre hacia Occidente, desafiando todos los peligros existentes, el valiente, el temerario, el heroico Cristóbal Colón llegó a las Indias. ¡Bendito Dios!

La novela nos retrata la vida en la Nueva España y las travesías del Nuevo Mejico a España, una vez consumada la conquista, nos guía a través de los defectos y virtudes de lo que estamos hechos los seres humanos: la codicia, el odio, el engaño, el honor, la lealtad, el erotismo, el amor, la vida, la muerte, los héroes, los villanos, al final todos mortales; patrones que se repiten desde los tiempos más remotos hasta nuestro días, historias, leyendas, anécdotas, cuentos que se transmiten de generación en generación a través de los abuelos, de los tatas, de los patriarcas, de los jefes del pueblo, de padres a hijos, que dan origen a los pueblos, a las culturas.

“pueblo aguerrido acostumbrado a defender sus derechos con uñas y dientes, donde sin distinción de sexo se lucha a muerte antes que dejarse vencer”

Fue George Orwell el que alguna vez diría “la historia la escriben los vencedores”. De Real de San Miguelito Arcángel, novela antihistórica ¿Quiénes son los vencedores? ¿Quiénes son los vencidos? Los conquistadores, los conquistados, Malitzín, Malinche, El capitán Santiago de Benavente, la tribu perdida, los españoles, la nueva raza mestiza, Don João Costa, Cristóbal Colón, el Rey Carlos, Moctezuma, la Reina de Portugal, Doña Jimena, Don Jacob, los tatas, El Duque de Gandía, el Papa Clemente VII, la santa iglesia, la santa inquisición.... Personas reales, personas ficticias que viven la esencia humana, que crean la historia y la hacen nuestra.

Real de San Miguelito Arcángel nos envuelve con el aroma del chocolatl, el sonido alegre de panhuéuetls y chirimías, el horror del ruido generado por los cuerpos humanos rodando por las escalinatas después de los sacrificios humanos, la tensa calma chicha en medio del mar, los lujosos y ostentosos palacios, las selvas, los puertos, los navíos, las minas, el brillo del oro, al final siempre el oro.

“Entró a la catedral de San Miguel Arcángel, se estremeció al conocer la historia de la tribu perdida y ver de cerca las facciones de esos indígenas inmortalizados en el monumento a los fundadores, están ahí los niños, mujeres, ancianos y hombres jóvenes, cuyos rostros reflejan el miedo y la esperanza propia de los que ignoran si van en busca de la libertad o de la muerte”

Jose Luis Pérez León

EN VENTA POR AMAZON.COM

amazon.com



DE SUEÑO A ENSUEÑO

por Mónica Teresa Müller

Raúl Valdés caminaba apresurado y con la respiración entrecortada. Era invierno en Buenos Aires, pero los ojos del hombre no lagrimeaban por el frío; había llorado con la noticia: "Gardel, sus guitarristas y algunos amigos viajaban en el F-31..."- hubiera querido no escuchar lo siguiente: "...el F31 salía de su escala de aprovisionamiento en Medellín rumbo a Cali, el avión en el que viajaba Gardel se precipitó a tierra chocando contra el avión Maizales. Los aviones quedaron carbonizados". El hombre pretendió patear la bronca. El Alma Viva de Buenos Aires, El morocho del Abasto, El Zorzal Criollo, había muerto.

¿Quién iba a poder pintar como El Zorzal el cine en Europa y América? El tanguero que había compartido momentos con el Príncipe Eduardo de Gales, con Jacinto Benavente, el que había cantado en el Teatro de la Ópera en París. La noticia le dolió profundo.

El hombre se detuvo y de un bolsillo del pantalón de gabardina sacó una moneda y sonrió mientras acariciaba los veinticinco centavos belgas con un orificio en el centro. Gardel se la había regalado en el camarín del teatro Esmeralda. "Para que le traiga suerte, pibe y se acuerde siempre de éste gil"- le había dicho. A partir de aquella noche Valdés consideró que la moneda sería mágica, el amuleto con el que podría traspasar las barreras de lo real. Ubicó el metal entre los dedos y entornando los párpados lo frotó. Inspiró profundo y alcanzó a deleitarse con un arrullar de palomas que se escondían para el beso.

Caminaba junto a Toni Moriño, el amigo que se había propuesto recuperarlo de la tristeza que lo enfermaba. El recuerdo del ídolo desaparecido no lo dejaba dormir. Toni pensaba que las mujeres eran la mejor cura para todo mal.

--- Iremos al club Progreso. Hay baile. Así se te pasa la bronca y quién te dice,- dijo mirando a Valdés con doble mensaje- encuentres a alguien para divertirte.

--- Bueno- contestó Raúl-, pero prometé que me vas a hacerme gamba.

--- Prometido.

El Club Progreso era el rey del barrio, testigo de encuentros y desencuentros. El salón estaba adornado con guirnaldas, las mesas rodeaban la pista de baile y los músicos ubicados sobre el escenario afinaban los instrumentos. Todas las sillas estaban ocupadas.

--- Mirá, Toni- sentenció Raúl- la petisa que está hablando con el rubio la tengo vista de algún lado.

--- ¿Qué prometiste? Dejate de embromar y mirá para otro lado.

--- Sí, viejo, sí.- Raúl miraba a la petisa que estaba recorriendo la pista con el rubio. Vio cómo llegaban a una mesa ocupada por una señora robusta y un mocoso. No aguantó y se paró cerca, fijó sus ojos en los de ella descaradamente hasta lograr una sonrisa, y con un casi imperceptible cabeceo, la muchacha le indicó un sí, que él no había pedido.

Raúl acomodó las puntas de los puños de la camisa y abrochó los botones del saco. Luego, todo fue imprevisto, la madre otorgó el permiso al tiempo que la petisa se paraba dejando plantado al rubio.

--- Mariucha guarde la forma ¿entendió?- balbuceó la señora en el oído de la joven.

--- Sí mamá, entendí.

Raúl Valdés y Mariucha bailaron, ella olvidada de su madre y hermano, él, del amigo. Inmersos en la música, poco hablaron. Muy entrada la noche, cargando en brazos al mocoso dormido, Raúl acompañó a las dos mujeres hasta la puerta de la vivienda. Casa con zaguán, puerta y puerta cancel a la que divisó desde la vereda. Se preguntaba por qué estaba ahí parado ya que la visita al club Progreso tendría que haber transcurrido como una noche más. La joven solo atinaba a mirar a su imponente madre y a ese hombre con el que siempre había soñado. Todo era tan casual que no quería formular preguntas.

--- Joven, si usted pretende ver a mi hija otra vez, tendrá que presentarse mañana. Recuerde que el horario es a las diecisiete y treinta horas. Pasa el zaguán, llega al patio y golpea en la cuarta puerta a la izquierda-. Sentenció la madre.

--- Sí señora, no lo olvidaré- contestó Raúl- hasta mañana Mariucha.

Le había agarrado la mano. Al inclinarse para besarla se encontró con otra regordeta, deteniéndolo.

Raúl descansó a los saltos. Pretendió acortar el tiempo, pero se levantó tarde porque recién al amanecer había podido dormir. Despertó al tomar contacto con los rayos del sol que entibiaban las rosas del diseño de la manta.

A las diecisiete treinta llegó al zaguán revestido con mayólicas y piso de baldosas. Llegó al patio rodeado de macetas con geranios, malvones y una enredadera de jazmines. A la cuarta puerta la protegía la sombrilla formada por una Santa Rita. Golpeó. Tuvo el impulso de huir, pero se contuvo. El mocoso rubio y pecoso, hermano de Mariucha, abrió la puerta permitiéndole el ingreso no sin antes estirar la palma de la mano hacia arriba. Valdés se hizo el distraído y entró.

Mónica Teresa Müller

Nació en Adrogué, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Autora de cuentos, crónicas y relatos en las obras: "Palabras de Taller" (1999), "Los de Adentro" (2003), "Homenaje a Oliverio Girondo" (2003), "Torbellino de Palabras" (2010), "Sueños Dirigidos" (2014), "Polifonía" (2017), "El Lector y otros Emojis" (2018), Embajada de Emociones (2020) con GLA, Grupo Literario Ayacucho. Recibió menciones y primeros. Fue miembro fundador de la revista: "Visto desde aquí". Participó en Talleres Literarios del Programa Cultural en Barrios de la Ciudad de Buenos Aires.

ESTAMBUL MÁGICO

por Mónica Teresa Müller

Turquía toda, ofrece a quien la visita, no solo un viaje al presente, es un ir al pasado de la mano de su historia. Guarda lugares a los que la UNESCO los ha declarado Patrimonio de la Humanidad. Estambul, conocida antiguamente como Bizancio y Constantinopla es una importante ciudad que se ubica a lo largo del estrecho del Bósforo, que separa Europa y Asia. La ciudad antigua muestra las influencias de los Imperios que gobernaron la región. Caminar por Estambul, estar palpando su Cultura, produce sensaciones impensadas e inexpiables. Quizá, ni las fotos muestran la realidad, porque Estambul es mágico.



ANTIGUO HIPÓDROMO DE
CONSTANTINOPLA

ACTUALMENTE ES UNA
PLAZA LLAMADA SULTANAHMET
MEYDANI (PLAZA SULTÁN
AHMET)

Fue por más de mil años, el centro deportivo y social de Constantinopla, capital del Imperio Bizantino y que llegó a ser en el Siglo V, la ciudad más grande del mundo. Data de principio del siglo III d.C. Mandado construir por el emperador romano Septimio Severo. En el Hipódromo se hacían carreras de carros. De él queda muy poco ya que fue destruido por el paso de los cruzados por Constantinopla. A dos o tres metros por debajo de la actual Plaza queda lo que fue la pista original. Se estima que medía cerca de 400 metros de largo por 200 de ancho.



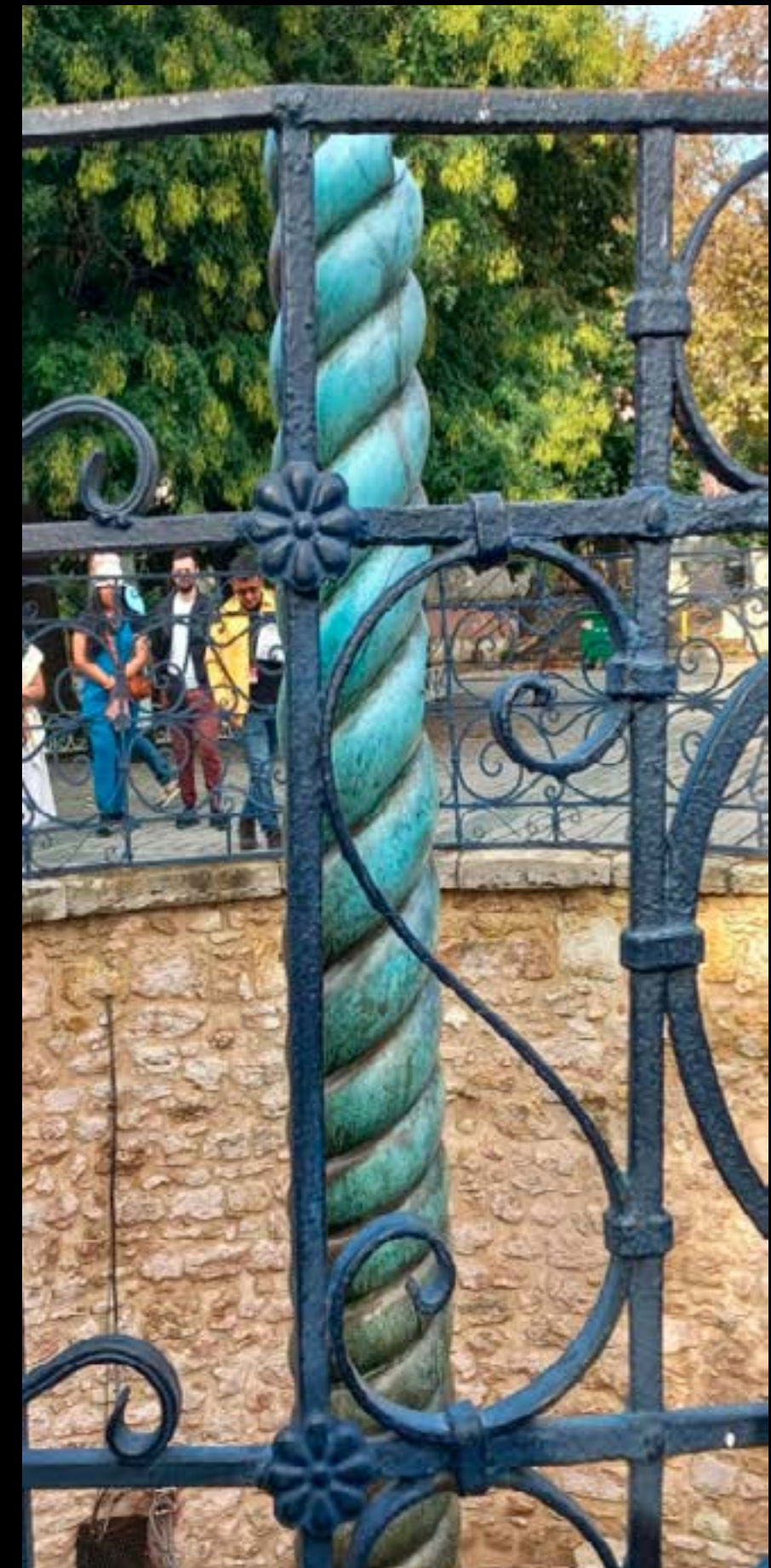
MONUMENTOS DEL HIPÓDROMO

TRÍPODE DE PLATEA, CONOCIDO COMO COLUMNA DE LAS SERPIENTES

Fue construida para celebrar la victoria de los griegos sobre los persas durante las Guerras Médicas en el siglo V a. C. Fue trasladada en época de Constantino desde el Templo de Apolo en Delfos, para ser colocada en el centro del hipódromo. La parte superior llevaba una bola dorada sostenida por tres cabezas de serpientes. La bola desapareció durante la Cuarta Cruzada. Algunos trozos de las cabezas se exhiben en el Museo Arqueológico de Estambul.

La columna fue una ofrenda a Apolo en Delfos en el año 478 a.C.

La columna es de bronce. Se construyó utilizando armas persas fundidas. Se puede observar en la foto. La distancia del suelo original en la que fue colocada.





MONUMENTOS DEL HIPÓDROMO

OBELISCO EGIPCIO

El Emperador Teodosio el Grande, trajo en el 390 un obelisco desde Egipto y lo colocó dentro de la pista del hipódromo.

Está tallado en granito rosa. Estuvo originalmente en el Templo de Karnak en Luxor alrededor el 1490 a.C. Para el traslado se dividió en tres piezas.

La pieza superior es la erigida actualmente en el mismo lugar donde Teodosio la mandó colocar sobre un pedestal de mármol decorado con bajorrelieves.

Se la conoce como el Obelisco Egipcio y fue construido por Tutmosis III

MONUMENTOS DEL HIPÓDROMO

EL OBELISCO DE CONSTANTINO

En el siglo X, el Emperador Constantino VII, mandó construir otro obelisco, que estaría ubicado en el otro extremo del hipódromo.

Estaba cubierto por placas de bronce doradas, pero fueron robadas durante la Cuarta Cruzada. De tal forma quedó a la vista el interior construido con bloques de piedra, que es como se ve en la actualidad.





MONUMENTOS ACTUALES

EN LA PLAZA SULTANAHMET

La fuente alemana es octagonal, de estilo neobizantino y abovedada, la construyó el gobierno alemán para recordar la visita a Estambul del Emperador alemán Guillermo II en 1898.

Se encuentra en la entrada norte del antiguo hipódromo enfrente de la Mezquita Azul.

MONUMENTOS DEL HIPÓDROMO

PAMUKKALE (CASTILLO DE ALGODÓN EN TURCO)

Es una zona natural en la mitad occidental de Turquía, en el valle del río Menderes en la provincia de Denizli. Los movimientos tectónicos no solo causaron terremotos sino que produjeron la aparición de aguas termales de alto contenido en minerales (creta).

El agua contiene además grandes cantidades de bicarbonatos y calcio. Los depósitos de carbonato de calcio le dan al lugar a un aspecto nevado. Sus aguas termales, con una temperatura promedio de 36°, emanan de terrazas de roca travertina blanca. El agua que fluye sobre las rocas deja un rastro de calcio que se vuelve blanco al solidificarse con los años, crea piscinas y terrazas a lo largo de la ladera. La UNESCO la declaró Patrimonio de la Humanidad.



HABLEMOS DE LIBROS

“El instinto”

Ashley Audrain

Por Marilú Ricalde

Ayer por hablar de un pasado. Un tiempo ajeno al del presente, donde la maternidad es un acontecimiento obligado. El tiempo, donde el cuestionamiento de ser madres es impensable. El tiempo donde la costumbre obliga a la mujer a contraer nupcias. El tiempo donde el hecho de ser madre está implícito. El tiempo donde los preceptos religiosos cuentan. El tiempo donde las presiones familiares justifican el tener hijos. El tiempo donde en eventos familiares se cuchichea la ausencia de pequeños. El tiempo donde las abuelas solo cuentan el número de nietos. Un tiempo que hoy dada las circunstancias se hace un tanto extraño. Un tiempo que las jóvenes de hoy no se permiten entender. Un tiempo en el que todavía algunas familias tradicionales se aferran. Un tiempo que quizás exista en la imaginación. En contraparte, el tiempo de hoy, es un tiempo de cuestionamientos. La mujer piensa y razona. La mujer decide y exige. La mujer es independiente y se empodera. La mujer no tiene como fin el matrimonio. La mujer no busca su clímax en la maternidad. La mujer busca ser ella.

Esta nueva generación aborda la maternidad de diferentes ángulos. La analiza y la estudia. De antemano sabe de las nuevas obligaciones; aunque a veces se sorprende de las consecuencias. La mujer pierde su equilibrio sin saberlo. Su estructura se ve modificada. Su ser no es el mismo, ya no es solamente mujer también es la madre de alguien. Su cuerpo se transforma, sus días son vulnerables, las rutinas desaparecen, y el tiempo se desvanece.

La lectura de El instinto, no se reduce a la maternidad romántica de antaño. Al contrario, te traspasa a las entrañas de Blythe. Una joven esposa que debe adaptarse a las reglas de su nueva familia. A la que nadie le importa su capacidad de elegir. A la que se le impone el ser madre. Una faceta que la desconcierta. Una faceta que le complica la vida. Una faceta que no sabe como abordarla. Y todos estos sentimientos se transforman en culpas. Se culpa por no amar a su bebé lo suficiente. Se culpa por su cobardía. Se culpa por la falta de agallas. Se culpa por no saber ser la madre que todos esperan que sea.

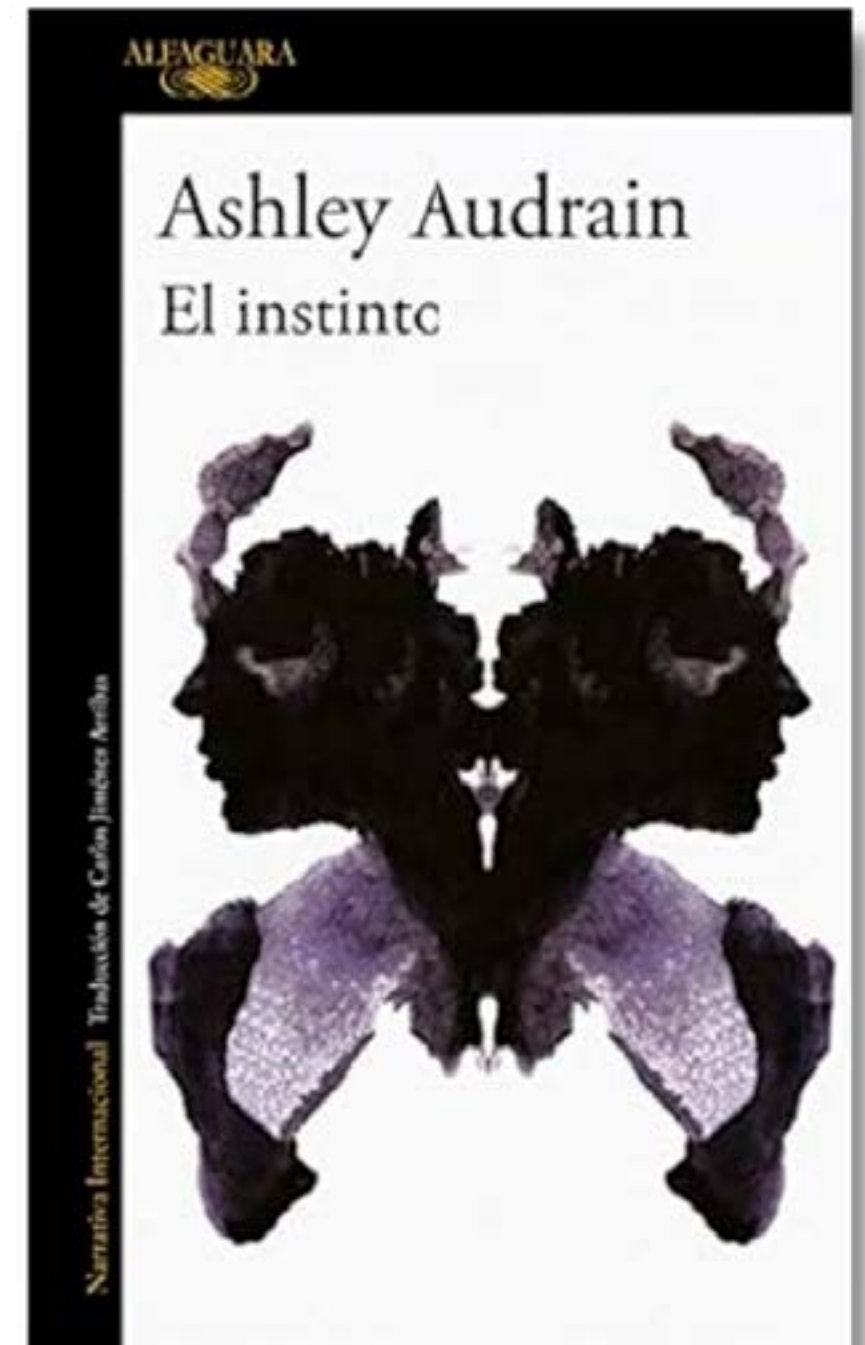
Su culpa no es personal. Su esposo la juzga y la recrimina. Es paciente pero intolerante. Es comprensivo pero incrédulo. No siente empatía hacia ella. Se defrauda. Le exige algo que ella no es capaz de dar.

Y así, con un lenguaje fácil, la historia va aterrizando, descociendo un enjambre de hechos y emociones, creando una adicción en el lector que le impide dejar la lectura. Con suspicacia te atreves a adelantarte a los acontecimientos adivinando el futuro; pero a la vez permites que sea la misma autora la que lleve el ritmo de la historia. Y conforme avanzas, el lector, sin pensarlo, es un miembro más de la familia, que se atreve a juzgar y hasta culpar.

El tema no es del todo original. Hace tiempo, otra autora lo puso en la mesa, aunque pienso que la lectura fue más densa y menos simplista para el lector. No diré ni el nombre ni la autora para no dar pistas para el contenido de El instinto. Lo que, si aseguro, es que, sin importar la edad, ni los gustos literarios, el lector pasará momentos de tensión y de reflexión con el simple pasar de las hojas. Una excelente selección para esta temporada de descanso que muchos lectores aprovechan para leer.

Ashley Audrain nació en Newmarket, Canada. (1982) El instinto es su primera novela. Debutó en la lista de los más vendidos de The New York Times y The Sunday Times. Fue ganador del premio 2022 Crime Writers of Canada.

Vive en Toronto con su marido y dos hijos pequeños. Es directora de Comunicación de Penguin Books Canada.



Marilú Ricalde Es una amante de las letras. Nacida en CDMX cursó la licenciatura en Contaduría Pública para darse cuenta más tarde que su verdadera profesión son las letras. Estudió en Casa Lamn y hoy sigue estudiando el oficio de escribir en varios talleres.

CELULOIDE EN LLAMAS

Prometeo encadenado

por Italo Ruas

La sala de cine apaga sus luces, una pantalla refleja imágenes que mantienen a un público inmerso en una narrativa, la cual estimula sus sensaciones, emociones para abstraerse de la realidad; la finalidad del cine comercial es generar ganancias económicas sin importar el contenido de su producto. “La mancha voraz” (1958) dirigida por Irvin S. Yeaworth Jr. (1926-2004) y Russell S Doughten Jr. (1927-2013), su secuela “¡Cuidado con el blob!” (1972) de Larry Hagman (1931-2012) o su remake de 1988 de Chuk Russell, nos presentan una analogía de cómo se comporta la masa al consumir todo lo que se encuentra a su paso. El cine es una experiencia colectiva, el cual produce reacciones inmediatas que provocan una sensación de pertenencia hacia el grupo; este vínculo se produce a través de la transmisión de opiniones a fin de aparentar la posibilidad de reconocernos unos con otros. Las películas “Lo que el viento se llevó” (1939) y “El mago de Oz” (1939), ambas de Victor Fleming, se hicieron populares sin ser comprendidas a fondo por los espectadores; su contenido aunque delimitado por la censura y lineamientos del código Hays, no alcanzó a exigir un lenguaje profundo ni sublime. Varias de las películas comerciales son diseñadas para influenciar en el pensamiento social, “Casa Blanca” (1942) de Michael Curtiz (1886-1962), es un claro ejemplo de una propaganda Norteamericana, con la finalidad de vender la idea que los aliados ganarían la guerra. Los Nazis también aprovecharon en varias ocasiones producir obras para las masas, promovieron una identidad alimentada por el orgullo de una raza. Es por esto que en el análisis formal de las obras debemos de ser objetivos y cautelosos a la hora de explorar las imágenes en movimiento, dado que los subtextos e intertextos pueden encriptar información subliminal.



Al explorar “Barbie” (2023) dirigida por Greta Gerwig, contiene en su primera secuencia un tributo a la magnánima obra “2001: Odisea del Espacio” (1968) del soberbio Stanley Kubrick (1928-1999); en esa obra se nos presenta que a pesar de obtener un razonamiento, los homínidos, no dejan de ser un grupo salvaje con la intención de exterminar a sus congéneres. En el caso de “Barbie” aun cuando sólo se expresa un mensaje vacuo acerca del quebrantamiento de estereotipos con una muñeca para revolucionar el pensamiento infantil de 1959, no alcanza la profundidad de la obra de Kubrick y sin embargo el mensaje de una especie salvaje y destructiva queda implícito. En “2001” la secuencia titulada “El amanecer del hombre” consta de cientocuatro tomas en veintiséis escenas con una duración de casi veinte minutos; mientras que en “Barbie” en casi dos minutos se desarrollan

tres escenas con treinta tomas; esto nos indica la falta de recursos que tiene Gerwig para expresar visualmente. De igual forma existe una desfiguración de los elementos simbólicos al asemejar la alineación del Sol, la Luna y la Tierra con la niña, la muñeca y el Sol. Son comunes los tributos e intertextos en el cine comercial. Brian de Palma haría una mención escénica y de montaje en su película “Los intocables” (1987), de la obra del maestro Sergei Eisenstein (1898-1948) “El acorazado Potemkin” (1925), al conectar la proeza visual en las escaleras de Odessa. Esto nos lleva a dos conclusiones acerca del cine comercial, no es auténtico y sus mensajes no son del todo claros, sólo es un producto masivo y hueco pero de calidad en su empaque. En el caso de la cinematografía, el empaque lo produce una fotografía funcional y clara, tal como en “Barbie” donde la fotografía fue realizada por Rodrigo Prieto con una Arri Alexa: una cámara digital usada ya por lo menos hace más de una década. Uno de los primeros proyectos con esta cámara es “Los últimos días en el desierto” de Rodrigo García y la fotografía a cargo de Emmanuel Lubezki. También es importante desarrollar una producción vistosa, con escenarios llamativos, exquisitos detalles como lo son los vestuarios acorde a la época y estilo de la obra, al igual que toda la utilería. En cuanto al guión que sea simple, claro, conciso y fácil de digerir, predecible, melodramático o tragicómico de preferencia; en el caso de los diálogos que sean explicativos, redundantes, en algunos casos irónicos. Y ante todo la presencia de actores reconocidos y de renombre para una fácil comercialización.

Cuando se desea captar una audiencia más exigente, es recomendable elegir directores con señas y estilos particulares que en otras ocasiones lograron cautivar a la audiencia. Un ejemplo fantástico es “Oppenheimer” (2023) de Christopher Nolan, un director aclamado por el público que necesita ser retado por acertijos visuales y de contenido. Nolan, desde su ópera prima “Following” (1998) y después su reconocida “Memento” (2000), busca confundir al espectador a través de montajes paralelos y sincrónicos para quebrar constantemente el tiempo espacio, ese es su sello

narrativo y a la vez su muletilla. “Oppenheimer” sólo es otra obra que nos recuerda el Macartismo y cómo los celos profesionales de Lewis Strauss lo conducen a una absurda venganza. La estructura de la obra se vincula con el poema de T.S. Elliot (1888-1965) “Tierra Baldía” (1922), la cual expresa el dolor de las guerras. Son tanto el montaje paralelo -armónico- intelectual como el excesivo uso de voz over, los elementos que conforman ese ritmo visual que componen las conexiones del fuego y el agua, con el objeto de producir un discurso alquímico. El poema de T.S. Elliot se menciona al minuto siete justo después de la escena donde se muestra la obra de Pablo Picasso (1881-1973) “Mujer sentada con los brazos cruzados” (1937), de lo que se concluye que la pintura y la obra literaria son el fuego de la conciencia para el nuevo Prometeo. La narración aborda el tema de la ciencia y su relevancia en la guerra; cómo el sentido ético es diluido por los individuos en su ambición por el dominio humano. Al final de la obra Lewis Strauss (1896-1974) expone que el verdadero poderío sobre nuestra especie se encuentra en las sombras, y su atención sobre la carrera política de John F. Kennedy (1917-1963) produce una interpretación sospechosa con respecto a la muerte del mandatario. El repudio del director por la bomba atómica se ve expuesto en la decisión de hacer participe a su hija en la toma donde la explosión destruye un recinto, una visión que tiene el personaje de Robert Oppenheimer (1904-1967) después de recibir elogios y aplausos. Su receta para hacer cine ya tiene un público cautivo copiando el estilo de la nueva ola francesa y principalmente de Jean Luc Godard (1930-2022), conviene señalar que existe una intención en revolucionar el cine con nuevos formatos como el blanco y negro en formato IMAX, sin embargo se pierde la intención de éste al usar tomas cerradas.

El éxito de ambas películas no es casual, “Barbie” conecta a todo tipo de público al utilizar recursos de películas icónicas aunado a los temas e ideologías pertenecientes a este siglo, de igual forma “Oppenheimer” no deja de ser un crucigrama que mantiene al espectador pegado al asiento, invadido de miedo al rechazo y de ser ignorados, una obra que en su mayoría se suscribe en dos audiencias, la de Lewis Strauss y la de Robert Oppenheimer. Las masas sólo devoran el cine para llenar vacíos de su existencia, el cinematógrafo se vuelve sólo un lugar para la distracción y diversión. ¿Pero qué acaso el cine no es el séptimo arte? La finalidad del arte no es entretener.

Ítalo Mario Ruas Arias.
Director cinematográfico.

Dentro de sus múltiples actividades realizadas en el mundo de la cinematografía destacan:

Desde el año 2020 coproductor del proyecto "Telemática cultural", para la difusión de la cultura, en México y países de habla hispana, cada semana transmiten conferencias virtuales sobre cuestiones de humanidades. De 2017 a 2020 implementó y dirigió un espacio cinematográfico y con alianza de la Cineteca Nacional y otras distribuidoras, realizó la curaduría cinematográfica de más de 200 películas, incluyendo el estreno de la película Roma y los cortometrajes del Festival de cine de Morelia.

Su cortometraje "Papalotl" participó en varios festivales de cine y fue selección nacional en Rusia por Green Vision XII International Environmental Film Festival 2017, dicho cortometraje obtuvo diversos galardones y mereció elogios en festivales de Portugal, México y España.

Desde hace catorce años es docente de distintas prestigiosas universidades, como la Universidad Anáhuac y otras. Durante varios años fue director de comunicaciones en el Centro Universitario CUIH, y para la casa productora Punto de Idea realizó diversas actividades como fotógrafo, camarógrafo, asistente de producción, y otros, para la producción de diversos videos.

Desde el 2005 es director de cine independiente y ha elaborado diversos videos comerciales y cortometrajes, entre los que destacan: Juego de rol, de Kieven Herrasti; El Payaso y Lindé, ambos de Mariana Gómez y ha asesorado diversos proyectos estudiantiles de cine en la Universidad Iberoamericana.

Finalmente es de mencionar que desde 2007 imparte cursos de apreciación cinematográfica, en los que se entablan diálogos con el público, que abarca la historia, estética, técnica y los discursos filosóficos de obras cinematográficas, así como el reconocimiento de los directores y su trascendencia en el medio.





“ LA LECHERA ” DE JAN VERMEER

por Ana Lourdes Ross Aguilar

Se conoce al pintor barroco Johannes Vermeer como el “pintor de la luz”, y es así porque sus obras poseen como tema esencial la luz y el color, dentro de los espacios tranquilos que se aprecian en las habitaciones, donde transcurre el tiempo calmo, en escenas domésticas y a veces con música y vino, en la cotidianidad burguesa del barroco neerlandés.

“La lechera” es una de las obras más famosas de este pintor cuya vida y educación es casi del todo desconocida. Contra una pared sin adornos, destaca una mujer que, de pie frente a una mesa, sirve leche en un recipiente que se encuentra sobre una mesa que, a su vez, tiene pan y otro recipiente con tapa. Vemos del lado izquierdo una ventana con una retícula, traslúcida, que baña de luz la actividad, a la muchacha y la pared del fondo. En el piso, se reconoce una hornilla o estufa de pie. Este acto sencillo lo emplea Vermeer con magistral elegancia: el tono azulado de la luz nos remite a un amanecer, donde comienza la labor de la muchacha que debe remojar el pan duro, troceado, en la leche. La mesa en diagonal, recurso que emplea el pintor para proporcionarnos un sesgo que imprime profundidad a la habitación, presenta un mantel en tonos verdosos y una tela en azules; los panes, la cesta y los recipientes, conforman junto con los objetos colgados en la pared, una naturaleza muerta, un cuadro en sí mismo, por su presentación. Destaca por sus brillos la llamada

porcelana de Delft, aún hoy afamada, y los toques de color que le imprimen verismo a los objetos por sus reflejos, matizados en los alimentos y la cesta, brillantes en la porcelana y la leche que cae en un chorro delgado y controlado. El chorro de leche que cae desde el recipiente de barro, maravilla por su textura y brillo.

La muchacha es dentro de la obra, una presencia monumental. De pie, al centro de la composición, presenta una postura rotunda, es fuerte, sus brazos así lo demuestran. Viste con falda de color bermellón y sobre ella un delantal azul; lleva blusa amarilla cuyas mangas tienen verde y el interior en azul, y una tela sobre la cabeza que es blanco-amarillenta. Sobre ella incide la luz, la baña para mostrarnos su rubicundo rostro concentrado en el quehacer doméstico, y resalta el contraste por complementarios de su indumentaria. Los colores entre ellos armonizan, pues el azul junto al amarillo vibra; su mezcla evidentemente nos da el verde de las mangas y, además, muestra el pintor sus intenciones sobre la paleta que juega en los primarios, al añadir la falda y el piso en rojos desaturados con blanco de plomo. Azul, amarillo y rojo son los colores que predominan en matices resultado de la combinación con negro carbón, el blanco y ocre.

La luz nos presenta combinaciones cromáticas, donde el azul ultramar resalta. Así llamado por venir “allende el mar”, es decir, de las minas de Afganistán, el lapislázuli es un mineral que requiere un complejo proceso antes de convertirse en pigmento ultramar; era tal su dificultad de extracción y posterior obtención, que cuando llegaba a Venecia, donde se comercializaba, era aún más caro que el oro. Vermeer lo colocó en la doncella, en sus mangas dobladas, en el delantal, y en el mantel, la tela y en la jarra de porcelana, haciendo de este cuadro pequeño, pues mide escasos 44.5 x 41 cm, una grandeza de expresividad en azules. El rojo está manejado con destreza, pues presente en los recipientes sobre la mesa, en la falda y en el suelo, forma bloques cálidos; los amarillos de la blusa tienen además tonalidades azulosas, así como la piel y la manta de la cabeza de la muchacha. La riqueza del color que destaca por la perfección del manejo de la luz que cae sobre cada material que integra el cuadro, le confiere un brillo singular a cada objeto.

“La lechera” es una obra que probablemente muestre una alegoría de la virtud por la dedicación, la prestancia para las actividades, el esmero y los detalles que, juntos, integran un sencillo, pero no por ello menos valioso, trabajo matutino. En los Países Bajos, por el frío se estilaba que las mujeres calentaran sus faldas en estas estufas de pie, lo que se consideraba símbolo del deseo de amor y fidelidad, elemento que se reitera con los mosaicos que tienen dibujos de cupidos: el amor se relaciona con su actividad, como también con la iluminación y el calor.

Así, esta obra maestra es un hábil manejo del color que expresa a plenitud la luz: se derrama de la ventana y hacia la pared vacía que contiene una rica variedad de tonos, armoniza con los brillos en el bodegón, en la indumentaria y la piel de la doncella concentrada en su labor. La luz protagoniza en Vermeer.

Ana Lourdes Ross Aguilar

Es licenciada en Ciencias Humanas en la Universidad del Claustro de Sor Juana, estudió las bases de dibujo y pintura para aproximarse más a fondo a la teoría y la crítica artística, a través del conocimiento de materiales, técnicas y elementos formales.

Cursó una maestría en Historia del arte en la UNAM, se dedicó a la docencia de arte, a dar conferencias y visitas guiadas por las rutas del centro histórico, a la enseñanza de la historia, a la investigación, a la coordinación y elaboración de los editoriales de un Boletín; se graduó posteriormente de la Maestría en Arte Contemporáneo en México y con estas bases diseñó, junto con una colega, un Museo Itinerante sobre el concepto del Arte Moderno y el Horror desde la perspectiva filosófica.

Durante ocho años llevó la Dirección Académica de un Centro Universitario, en el Estado de México y, finalmente, por su labor docente le fue concedido el Doctorado Honoris Causa por el Colegio Internacional de Profesionistas.

Cuenta con experiencia de más de 21 años como docente ante grupo en diplomados, licenciaturas y posgrados; actualmente se desempeña en la Universidad Virtual Anáhuac, con trayectoria de varios años, donde desarrolla y es docente en diplomados de teoría e historia del arte universal.



TACHES Y TACHONES

Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA

Taches y tachones

Aviso de gratuidad.

Taches y tachones es una publicación de circulación gratuita, elaborada por un grupo de amigos con el único y exclusivo propósito de divulgar las letras y las artes, razón por la que no persigue fines de lucro y por ende carece y carecerá de ingresos, porque hasta los avisos comerciales son gratuitos; tampoco tiene erogaciones y los esporádicos gastos que lleguen a presentarse serán sufragados por los administradores de la revista, con cargo a su propio peculio.

www.tachesytachones.com